

EL JUVENIL

QUINCENARIO DE LA JUVENTUD

Imp. "El Pueblo"

AÑO I

SAN JOSÉ, 2 DE NOVIEMBRE DE 1914

NÚMERO 13

CONDICIONES:

Suscripción mensual..... ₡ 0-10
Número suelto..... " 00-5
" atrazado..... " 0-10

Dirigido y redactado por
HERNAN VALVERDE L.

NOTA

Toda correspondencia debe ser dirigida al Liceo de Costa Rica.

EL DIA DE LOS MUERTOS

Para "El Juvenil"

Los seres vivientes tienen su día particular en el año que parece ser diferente a los demás, cuya fecha recuerda alegría, un acontecimiento extraordinario o no común, que hace pensar, sentir gratitud en el recuerdo, ternura... días que tienen "no se qué" de importancia, como los onomásticos, aniversarios, etc.

Los muertos también tienen su día... en la mente de los vivos, que creen, exigen vistosos regalos y aprovechan este "deber" haciéndole desde luego perder su idealismo, para darse su aire de importancia tonta, con respecto a los demás. ¿Qué se le puede dar a un muerto? Flores, flores que son divisas de nobles sentimientos, porque es lo más bello.

Se adorna pues su morada con flores. Ahora se ponen imitaciones de ellas, primorosas, sí; pero imitaciones al fin. De seda o de cera que semejan acabadas, hasta el terciopelo encantador de los senos de flores naturales y la suavidad maravillosa de sus pétalos.

¿Qué significa eso? Nadie dá como muestra de amor un ramo de flores de trapo. Flores...!

Ojalá simbolizaran esparcidas sencillamente sobre tumbas, en puros fragantes ramos, nobles sentimientos no en lujosísimos bouquets, torpes vanidades.

A los muertos no les importa que se les recuerde o nó; pero si se cree

en deber hacerlo y una muestra *exterior* (que no tiene razón de ser) que existe el recuerdo del ser querido, en el corazón, es esparcir flores sobre su tumba, nada impide hacerlo; pero que no sea este acto en sí, motivo de competencia de lujos. Hay quienes no se acuerdan de sus parientes muertos, sino este día y entonces se "despiertan sus sentimientos de sensiblería" y presurosos cubren de flores las sepulturas que no humedecen sus lágrimas.

2 de noviembre. Todo el mundo va a ver las sepulturas de sus seres queridos. Las sepulturas no son más que aparentes, la verdadera tumba de los que adoramos, es nuestro corazón. En los cementerios hay una quietud de ensueño, flota un silencio de encanto. El Cementerio es una ciudad blanca. Se trata de quitarle todo aspecto fúnebre: hay mucho verdor; entre las frondas de esmeralda brotan garridas rosas que se abren al ósculo del sol, temblando sobre el tallo y que no les importa la presencia severa de las cruces para tener sus fiestas de amor, y ya con sus claridades de gloria, ya con sus matices de escarlata, cambiar sus besos con las brisas.

Las aves fabrican sus casas en los ángulos de las cruces y en los cipreses que sombrean las tumbas, y se oyen en sus ramas mucho canto de amor, como revolotear de campanillas y mucho piar de polluelos en los nidos. Abajo la muerte; arriba el desbordamiento triunfante de vida... y en el fondo del Cementerio, entre hervor de follajes, los sollozos continuos de una fuente... Si embargo, a pesar del riente aspecto que le dan, vaga nube de tristeza, embarga el ánimo del que traspasa sus umbrales. "Ve allí su futura mansión o una forma de ella"

y es raro que se sienta verdaderamente deseos de abandonar esta vida.

Hay en el camposanto (santo por la infinidad de fosas de madres que encierra) categorías:

Hay muertos que se pudren entre mármoles y muertos que descansan en plebeyo ladrillo. Se ven tumbas donde los bejucos y orquídeas forman breve enramaje, verde cúpula pomposa que impide penetrar al sol y como preservar al muerto de sus ardores, y tumbas rajadas bajo sus quemantes rayos.

Hay sepulturas altas, cuajadas de arabescos primorosos con símbolos e incrustaciones doradas de letreros latinos, y tumbas que apenas sobresalen en el césped, donde el musgo dibuja manchas verdes, y cruces de hierro labrado, y medio carcomidas de madera. En el cementerio hay según el muerto que contengan, diferencias entre tumbas... en la superficie: un metro más hondo no hay clases sociales.

Hoy nadie falta al cementerio.

Llegará un día en que desaparecerán estas costumbres con el *Progreso* que como un ejército invasor deja a su paso muchas víctimas y comete innumerables profanaciones.

Por ahora ya se pretende comerciar con los huesos de los muertos.

¡A ese paso llegará un día en que costarán un dineral, en impuestos, las cuatro varas cuadradas donde reposan!

MARIO GONZÁLEZ F.

RESERVADO
para la Sastrería
Gonzalo Artavia

Zapatería

R. Aquiles Sánchez

Calle Central Sur

2 de noviembre

VIVOS Y MUERTOS

"¡Ah, hoja insensata! ¿A dónde quieres ir, pues, y de dónde podrían venir las otras hojas? ¿Dónde está esa nada cuyo abismo temes? Reconoce tu mismo ser en esa fuerza íntima, oculta, siempre activa, del árbol que a través de todas sus generaciones de hojas no es atacado ni por el nacimiento ni por la muerte. ¿No sucede con las generaciones humanas como con las de las hojas?"

Schopenhauer

En este día que los vivos dedican a los muertos hay siempre más de un moralista de cuño clásico—católico por lo general—que nos habla en el corrillo o en la prensa de "la profanación" que algunos visitantes hacen a las tumbas "no guardando el recogimiento que tan sagrado lugar debe inspirar."

Siempre hubo en mis labios la floración de una sonrisa de burla ante esos sentimentales cursis que guardan la memoria de los muertos con un recogimiento místico, casi brutal.

¿Por qué hay que ir con tristeza al cementerio a llorar, con la debilidad de nuestras energías apagadas, sobre una losa que nada guarda?

Hablar así, aún en este siglo, es algo inaudito para algunos, pero ¿qué! ¿es que vamos a seguir lamentándonos eternamente sobre los despojos del pasado que huye? Hay que decir las cosas como son; no como se ven a través de un falso sentimentalismo morboso.

Seamos entidades vivientes, capaces de desplegar ampliamente nuestras energías creadoras.

¿Por qué ir con tristeza al cementerio? Los que fueron, han dejado en el mundo el producto de sus energías. La fuerza está aún viva, indestructible; y los que nada produjeron, los pasivos, ¿no es mejor que retornen a la tierra fecunda el caudal de fuerzas inactivas y muertas? La tierra aprovecha esas células y las transforma en vidas nuevas.

La tristeza y las lágrimas son patrimonio de los débiles y enfermos; la risa, en cambio, la risa pura, (no la risa morbosa de los imbéciles y los histéricos) es manifestación de salud, de vida sana.

Los fenómenos que llamamos espirituales, no son sino el reflejo fiel del estado físico. "La psicología biológica—dice el eminente doctor Ingenieros—ha suprimido el problema dualista: un estado de alma es un estado de cuerpo. Se es triste o alegre como se es anémico o pletórico, famélico e inapetente, ágil o torpe, bilioso o linfático."

Y es verdad. Ya sólo una escuela enclenque y tambaleante, con sus soportes carcomidos, está aún soñando con la fantástica dualidad del cuerpo

y del espíritu. Éste, no es sino la consecuencia lógica de aquél. El espíritu desaparece con el agotamiento de vida en la materia: así el matiz de las flores y el canto de los pájaros (manifestaciones espirituales) cesan con la destrucción de la planta y la muerte de la avecula. Esto lo sabe Pero Grullo. Sin embargo hay gentes que, sabiéndolo también, no lo creen. Luis Büchner lo ha dicho: "En la materia es donde residen todas las fuerzas físicas y espirituales, y en ella sola se manifiestan".

¿A qué entonces la ridícula lamentación por lo que muere? Bien sabemos que nada se destruye: no hay fuerzas anuladas sino fuerzas transformadas.

Cuando preguntaron al filósofo griego Demónax (de cien años de edad) como quería ser enterrado, contestó: "No os cuidéis de eso; el cadáver se hará enterrar por su mal olor". Como sus amigos le objetaran que si deseaba ser pasto de los perros y las aves, contestó: "¿Por qué no? He hecho cuanto he podido por servir a los hombres durante mi vida; ¿por qué no he de dar también algo a los animales después de mi muerte?"

**

Vayamos al cementerio a deshojar las flores del recuerdo, sí; pero vayamos con nuestra sonrisa habitual. Y vosotras, jóvenes bellas y hermosas que empezáis a disfrutar de las dulzuras de la vida y del amor, no hagáis caso a los que reprochan vuestra alegría y vuestras joyas y vuestras risas puras como gorgoros de pájaros. Id a ver vuestros muertos sin poner el gesto melancólico de los débiles; que no se nublen por el llanto vuestros ojos bellos; que no se interrumpa el poema de vuestros sueños de amor: gozad la vida, que ya iréis también a descansar en el regazo cariñoso de la tierra.

Los cipreses y los sauces lloran pero es porque ellos son enfermos como los hombres tristes; ved en cambio las rosas y los claveles sonrientes y alegres como bocas andaluzas aún cuando hayan crecido en el camposanto.

La muerte! Consecuencia lógica de la Vida, ¿por qué temerla? ¿por qué entristecernos cuando nos lleva un ser amado, si tan poco tiempo hemos de vivir todos? "Neciamente—escribe Felipe Trigo—nos aterra la eternidad de morir cuando venimos sin espanto de la eternidad de antes de haber nacido."

Vivos y muertos! ¡Es tan difícil, a veces, señalar cuáles son unos y cuáles otros!

CONDE DE LAUTRÉAMONT

2 | 11 | 1914.

Dos de noviembre

El Liceo de Costa Rica tiene ya su historia; una historia limpia de 27 años de constante labor, en la cual se ha modelado el corazón, y se ha nutrido el entendimiento de gran parte de la juventud costarricense.

Entre los grupos de estudiantes que han pasado por las aulas del Liceo, muchos han quedado resagados en el camino de sus estudios y entre las sombras de la ignorancia; pero la mayoría ha surgido llena de vida y alegría entonando un himno al trabajo y a la ciencia.

Pero muchas veces el capricho del destino ha roto para siempre las legítimas aspiraciones de los jóvenes y el fantasma de la muerte ha apagado para siempre aquellas energías repletas de ilusiones, próximas mucha de ellas a recibir el triunfo grande de sus estudios.

No parece sino que Plutón y Minerva, hubiesen entrado en lucha desigual y que el primero arrancara a la segunda los más bizarros soldados de la ciencia y del talento.

"EL JUVENIL" al dedicar este recuerdo a quienes formaron parte de la comunidad que se asocia bajo el nombre del Liceo de Costa Rica, pone en sus tumbas un manojito de flores.

RUBÉN AGUILAR MORÚA.—Uno de los primeros recuerdos dolorosos que guardo en mi memoria, es sin disputa alguna la muerte de este amigo, ocurrida el 18 de enero de 1902, cuando contaba apenas con 17 años. Su muerte produjo en el ánimo de quienes fuimos sus compañeros y amigos una impresión tal, que al través del tiempo no se ha borrado de nuestra mente.

GUILLERMO BORBÓN UMAÑA.—Había cumplido los 19 años y había coronado sus estudios, cuando una cruel enfermedad le arrebató del lado de su familia, el 28 de mayo de 1909, dejándolos en profunda tristeza. De los alumnos graduados en 1907 fué el que obtuvo mejores notas.

CRUZ ALVARADO CHACÓN.—Era un estudiante modelo, un estudiante bueno a quien sorprendió la muerte a la edad de 18 años, en la mañana del 22 de octubre de 1909; de sus trabajos se conservan gratos recuerdos en el Liceo, lo mismo que de su carácter bondadoso y bueno.

ALFREDO CASTRO CARAZO.—Dotado de un talento original este joven cursó los años del Liceo, dejando unas páginas limpias de su vida de estudiante esforzado y cumplido; siempre supo levantar la bandera de sus ideales y siempre se esforzó por



alcanzar la legítima gloria del Bachillerato. Pero... fatalidad cruel...!! Al principiar a disfrutar legítimamente de la primera gloria de su juventud, la muerte le sorprendió trágicamente en puerto Limón, el 26 de marzo de 1910, a los 19 años de edad.

GUILLERMO ALVARADO CHACÓN.—Fué la noche del 18 de julio de 1911, en que un disparo salido al azar cortó la vida de este joven que ya estaba próximo a terminar sus estudios brillantemente; fué una noche de amargura en la cual las ilusiones del joven rodaron hechas pedasos. De ese suceso se guardan los más tristes recuerdos, y su labor como estudiante es labor que no se ha perdido. Murió a la edad de 16 años.

RICARDO HERRERA OROZCO.—Cayito, como cariñosamente le llamábamos sus amigos; murió trágicamente la noche del 4 de octubre de 1911. Fué uno de los pocos que cursaron los años de la Sección Técnica del Liceo, fundada bajo los auspicios del Licenciado don Cleto González Víquez, y fué uno de los pocos que alcanzaron la gloria de optar, después de un lucido examen, el título de Jefe de Trabajos. De carácter sencillo, de un talento privilegiado, pareció siempre estar dispuesto para la lucha, pero un arrebató propio le privó de la vida, a la edad de 18 años, dejando un recuerdo grato difícil de extinguirse.

ADELERMO JIMÉNEZ MORALES.—Contaba con 16 años de edad y cursaba el primer año del Liceo, siendo un alumno de bastante provecho y esperanza, de un carácter tranquilo y fue siempre estimado por sus compañeros.

El primero de julio de 1911, un accidente casual y doloroso le borró cruelmente de la vida, dejando esa estela de dolor que solamente dejan los jóvenes y los buenos.

VÍCTOR MANUEL RODRÍGUEZ.—Era de los privilegiados del corazón y el talento, tenía unos sentimientos nobilísimos, que hacían coro a su entendimiento despejado

y a su carácter tranquilo. Contaba 20 años cuando la muerte le sorprendió sepultándole para siempre en las tormentosas aguas del Océano Atlántico, el 12 de abril de 1912.

GREGORIO ESCALANTE BONILLA.—¿Qué podemos decir de este joven noble y bueno, si aún está nuestro corazón adolorido por su eterna ausencia, qué podemos transcribir al papel cuando aún palpita nuestro corazón a impulsos del dolor, al recordar su nombre y sus excelentes cualidades de estudiante y amigo, qué podemos agregar a las muchas líneas que en otras oportunidades hemos arrancado a nuestra pluma! Aún está el banco vacío, otros jóvenes lo han ocupado en sus lecciones diarias, pero ninguno de las condiciones morales e intelectuales de aquel florado joven. Han transcurrido dos años de su muerte y su recuerdo vive aún en el Liceo como ave que no quisiera alejarse del árbol donde tuvo su nido que le destrozara el vendabal...!! Murió el 5 de setiembre de 1912, a la edad de 18 años.

JULIO RAMÍREZ QUESADA.—Un joven que cursaba los años del Liceo, haciendo acopio para su talento de los conocimientos que brinda Minerva, a quienes trabajan y estudian; de su conducta y de su trabajo hay las mejores referencias en los archivos del Liceo. Su muerte fué muy sentida tanto por sus discípulos como por el círculo de sus amistades. Murió el 12 de setiembre de 1912, a los 17 años de edad.

CARLOS CARRANZA VOLIO.—Víctima de un arrebató propio, el 2 de enero de 1913, este estimable joven puso fin a sus días. Un estudiante cumplido y respetuoso con sus profesores, fueron las dotes que siemprele abonaron en vida. Tenía 19 años de edad.

FRANCISCO MONTERO CHAVES.—Paco, como cariñosamente se le llamó entre sus compañeros de Colegio y en el círculo de sus amistades, era el hijo querido de nuestro profesor el Licenciado don Francisco Montero Barrantes; su muerte acaecida el 2 de agosto de este año, a la edad de 21 años, fué doblemente sentida porque se vió caer a un privilegiado del talento y del corazón.

Y cuántos otros como éstos, acariciados del talento han pasado ya la misteriosa puerta de lo desconocido para posarse en las gelidas sombras de lo desconocido..!

FERNANDO FERNÁNDEZ

Noviembre 2 de 1914

Lo de siempre

Para *Reyes* fué necesario hacerla el traje doce centímetros más largo. Es indecente,—le decía a Gervasia, su madre;—ya eres una mujer de veinte años cumplidos y fio vas a seguir toda la vida mostrando las pañatorrillas

Gervasia no comprendía el mal que se derivara de aquella exhibición de sus pañatorrillas que, por lo demás, a ella le parecían bastante bonitas.

Vivía con su madre en un pueblecito humilde de casitas blancas y dispersas que se distinguían como puntitos allá en el fondo de un valle formado por inmensas montañas.

Quedaba tan lejos la ciudad que apenas unos cuantos campesinos, viajeros obligados que acarrearaban los víveres, eran los que la frecuentaban de cuando en vez. Para los demás, la ciudad lejana era un fantástico país del que se formaban mil extrañas y absurdas conjeturas. Hablaban de ella con terror supersticioso y la consideraban como un centro de perdición y de infamias. Y tenían razón. Cuántos de sus compañeros fueron absorbidos para siempre por aquella gran ciudad fantástica! Reciente estaba el caso del hijo del señor Lucas: Hombre rico, resolvió enviar al muchacho a educarse en un colegio de la ciudad. Pero el ingrato no volvió nunca, jamás volvió a acordarse de los pobrecillos viejos que aún lloraban al ausente y señalaban con gesto de desesperación, levantando los puños crispados, el camino que seguía hacia la ciudad. En el pueblo se decía que el muchacho era un gran médico de nombre famoso, pero ¿qué les importaba eso a los pobres viejos si el ausente no volvía jamás?

La ciudad lo absorbía todo, lo tragaba todo con sus fauces de monstruo siempre abiertas. Y, los pobres campesinos hablaban de ella con odio temeroso, pronosticando horrendos castigos para aquella urbe viciosa y palpitante.

Gervasia había estado en la ciudad una vez durante su vida. Tenía entonces diez años cuando se vió atacada por una violenta enfermedad que puso su existencia en serio peligro. La pobre se moría, se asfixiaba bajo el furor de una fiebre homicida que la consumía con voracidad de incendio. Fué necesario hacer el viaje fatigoso: "Todo, todo, antes que perder mi hija, mi Gervasia"—decía la pobre madre.

Y, Gervasia aún recordaba el día de la partida: El cañetón que bajo un sol canicular las condujo, a su madre y a ella, hasta la próxima estación del ferrocarril; la llegada al hospital silencioso y aislado a donde apenas llegaba el rumor de la inmensa urbe; los días de crisis en que perdió la noción del tiempo; la lenta convalecencia en su cuartito silencioso tapizado de blanco y azul, viendo desde el ventanillo la lenta florescencia de los rosales del jardín. . . .

Luego, el regreso al pueblo en un día

de verano, ya restablecida. Iba alegre como los pajarillos que gorjeaban a la vera del camino interminable. Y, de la ciudad que abandonaba, apenas le quedó a Gervasia otro recuerdo que su cuartito tapizado de blanco y azul con su ventanillo donde se pasaba observando la lenta florescencia de los rosales, pues apenas restablecida salió del Hospital para tomar la diligencia que las condujo a la estación, ya de regreso.

Y, otra vez en el pueblo continuó su vida monótona de siempre, al lado de su madre y sus hermanos pequeños, pasando los días tranquilos, siempre iguales: el pienso de la vaca, el acarreo diario del agua desde el río próximo, la frugal comida, la oración del vésper.

* *

Llegó la peligrosa transición de su pubertad y fué casi insensible, plácida, como un crepúsculo. Apenas si se dió cuenta Gervasia del desarrollo de sus senos y los frecuentes rubores que, sin saber por qué, coloreaban levemente su rostro hermoso y puro. En el fondo, Gervasia continuó siendo la misma chiquilla de antes: ingenua y bella como las flores de la montaña. Su cuerpo adquirió un desarrollo primoroso de formas admirables y armoniosas.

Fué entonces cuando la sorprendió el día en que su madre la hizo alargar doce centímetros más a su traje para *Reyes*.

* *

En el pueblecito se hablaba mucho de aquel apuesto joven que hacía varios días era huésped obligado. "Es el ingeniero que va a construir la Iglesia," se decían unos a otros señalando al forastero.

A Gervasia, le agradó desde el primer momento aquel mancebo de bigotes rizados y ojos expresivos; pero sentía un vago temor hacia él.

* *

Fué la fatalidad quien lo quiso. La pobre anciana, llorando amargamente, me lo refirió la otra tarde: "Usted no sabe cuánto la quería. . . ; a mi Gervasia, a mi pobre hija. . . . Ah, usted no la conoció, verdad? Me la han robado, me la han arrancado miserablemente de mi lado. El ingeniero que vino a construir la Iglesia, ¿sabe usted?, el infame! . . . , Mi Gervasia, a quien tanto quería, mi hija del alma! . . . Dios mío! . . . Ahora me dicen que vive en la Ciudad, en la Ciudad maldita y corrompida que lo traga todo y lo destruye y lo enloda. . . . Él se la llevó, la engañó, la sedujo ¡el miserable! Mi Gervasia! Mi Gervasia! Salía todas las tardes a dar el pienso a la vaca, ¿sabe usted?, pero aquella tarde maldita, no volvió más. Mi hija, mi Gervasia. Ahora me dicen que se llama Lulú, que es muy rica, que es muy bella. . . . Oh maldita ciudad lejana! . . ."

No pude contestar a la pobre viejecita; no pude darla una palabra de consuelo si quiera.

Yo también estaba llorando.

J. V. L.

2 | nov. | 1914

La jauría

Ya para Andrés la vida no tiene ningún halago. Siempre su fatigoso y monótono trabajo: ¡cuidar la jauría! ¡Verdaderamente este oficio es perro! ¿Y qué? Naturalmente, tiene que serlo. Pues bien, Andrés ya lleva tres años de trabajar en él sin ganar un céntimo. Y no hay remedio; continuar el resto de su vida cuidando perros. ¡Y qué cuido, Dios mío! Todavía se estremece al acordarse de los palos que sufrió por olvidar darle de comer al favorito, a *Canino*.

¡Pobre Andrés! Verdaderamente es triste su estado. Tiene que trabajarle a un monstruo que estima más a sus perros que a su persona.

Hoy está triste: mañana toca bañar la jauría en el río que pasa por la montaña. ¡Y Dios lo libre si se le pierde alguno! Sería su última hora de vida.

Durante ese día no tuvo gusto ni para comer, pensando en el de mañana: bañar un cuarto de hora a cada uno; y lo que es más: llevar en brazos para que no se maltrate, aquel *Canino* que es una fiera ¡Ya está sintiendo los tremendos mordiscos!

¡Bañar la jauría! Hasta que se le encrespa el pelo de sólo pensarlo.— En fin, no le queda más recurso que resignarse.

El monstruo de su amo ¿cómo no ha de querer a sus perros, si adora a las serpientes? Tienen ya una docena amaestrada. Pero ¡qué animalones!

Ya esta en la noche de aquel tremendo día. Está listo para acostarse, y de pronto oye un movimiento en toda la casa, seguido de un grito de dolor. Lleno de curiosidad, se dirije al cuarto de su amo, y cuál no es su sorpresa al ver a éste tendido en un sofá, con tres mordiscos de una culebra que tiene enrollada al cuello. Es una víbora que le acaban de llevar.

Pero de pronto experimenta una alegría al recordar que está en la víspera del tremendo día,—y como si se quitase un gran peso de encima—salió gritando loco de contento:

¡Ya no baño la jauría!, ¡ya no baño la jauría!

HERVALÓN

2 | nov. | 1914